







Johanna Spyri

# HELDI



Johanna Spyri

# HEIDI

Los años de formación y  
andanzas de Heidi  
&  
Heidi pone en práctica  
todo lo que ha aprendido

Ilustraciones de  
Sonja Wimmer

Traducción de  
Isabel Hernández

Títulos originales:

*Heidis Lehr- und Wanderjahre*

*Heidi kann brauchen, was es gelernt hat*

© De las ilustraciones: Sonja Wimmer

© De la traducción: Isabel Hernández González

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-16830-07-7

IBIC: FA

Depósito Legal:

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección

y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Los años de formación y andanzas de Heidi



Capítulo primero  
A CASA DEL TÍO DE LOS ALPES

Desde el acogedor pueblo de Mayenfeld, atravesando verdes prados, llenos de árboles, un sendero conduce hasta los pies de las montañas que, desde ese lado, miran altivas y serias hacia el valle. Allí donde el camino empieza a ascender, los pastos de fresca hierba y aromáticas plantas van saludando ya al viajero con su perfume, porque el empinado sendero lleva directamente a los Alpes.

Por ese estrecho camino subía una clara y soleada mañana del mes de junio una muchacha del valle, alta y de aspecto robusto, que llevaba de la mano a una niña de mejillas tan ardientes que iluminaban de rojo su tez morena. No era extraño, porque, a pesar del sol de junio, la niña iba tan abrigada como si tuviera que hacer frente a una dura nevada. La pequeña tendría apenas unos cinco años de edad, pero no podía verse su figura, porque llevaba puestos dos, cuando no tres vestidos, uno encima de otro, y cruzado sobre ellos un gran pañuelo de algodón rojo, de manera que aquella personita parecía una figura sin forma que, metida en unos zapatos de montaña, provistos de clavos, se esforzaba por caminar montaña arriba toda acalorada. Debían de llevar una hora subiendo desde el valle cuando llegaron a la aldea situada a medio camino de la cima, a la que llaman «el pueblecito». Aquí las viajeras recibían saludos desde todas las casas, ya desde una ventana, ya desde una puerta y, en una ocasión, incluso desde el camino, porque la muchacha había llegado a su pueblo. Pero no se detuvo en ningún sitio, sino

que devolvió todos los saludos y contestó a todas las preguntas al pasar, sin pararse, hasta que llegó a la última de aquellas casitas tan dispersas. Aquí le dijeron desde la puerta:

—Espera un momento, Dete, voy contigo si vas a seguir subiendo.

La persona a la que se dirigía se detuvo, la niña se soltó enseñada de su mano y se sentó en el suelo.

—¿Estás cansada, Heidi? —preguntó la acompañante.

—No, tengo calor —respondió la niña.

—Ya falta poco para llegar, sólo tienes que intentar dar pasos más grandes, así llegaremos dentro de una hora —la animó su compañera de viaje.

Entonces salió de la casa una mujer gruesa, de aspecto bondadoso, y se unió a ellas. La niña se había levantado y ahora caminaba detrás de las dos viejas conocidas, que rápidamente iniciaron una viva conversación sobre todos los habitantes del pueblecito y de las muchas casas que lo rodeaban.

—Pero, Dete, ¿adónde vas con la niña? —preguntó entonces la que se había sumado al grupo—. Seguro que es la niña de tu hermana, la huérfana.

—Sí —respondió Dete—, la llevo a casa del Tío, se quedará allí.

—¿Cómo? ¿Que la niña se va a quedar con el Tío de los Alpes? ¡Creo que no estás bien de la cabeza, Dete! ¿Cómo puedes hacer algo así? ¡Ya te echará de allí el viejo con esas cosas!

—No puede hacerlo, es su abuelo, tiene que hacer algo, hasta ahora he tenido yo a la niña y te digo, Barbel, que no voy a perder por ella un puesto como el que me ofrecen ahora, ahora le toca a su abuelo ocuparse de ella.

—Sí, si fuera como el resto de la gente, sí —se apresuró a afirmar la pequeña Barbel—, pero ya lo conoces, ¿qué va a hacer él

con una niña, y además tan pequeña? ¡No va a soportar estar con él! Pero ¿adónde te vas?

—A Frankfurt —dijo Dete—, allí me van a dar un puesto muy bueno. Los señores estuvieron el verano pasado en el balneario; sus habitaciones estaban en mi pasillo y yo las atendí; ya entonces quisieron que me fuera con ellos, y ahora han vuelto y quieren llevarme otra vez, y yo también quiero irme, puedes estar segura.

—No me gustaría estar en el pellejo de la niña —dijo Barbel con un gesto de rechazo—. Nadie sabe cómo es ese viejo. No quiere relacionarse con ninguna persona, se pasa los años sin poner un pie en la iglesia y, cuando baja a la aldea una vez al año con su grueso bastón, todos se apartan porque le tienen miedo. Con esas espesas cejas grises y esa terrible barba parece un salvaje o un indio, así que uno se alegra de no encontrárselo nunca a solas.

—Me da igual —dijo Dete obstinada—, es su abuelo y tiene que cuidar de la niña, seguro que no le hará nada y es él quien tiene que hacerse cargo de ella, no yo.

—Sólo me gustaría saber —dijo Barbel inquisitiva—, con qué es con lo que el viejo carga en la conciencia para tener esa cara y vivir allí arriba, en los pastos, más solo que la una y no dejarse ni ver. Se dicen muchas cosas de él; seguro que tu hermana te contaría algo, ¿no, Dete?

—Claro, pero no digo nada, ¡buena me pondría si se enterara!

Pero Barbel llevaba mucho tiempo queriendo saber qué era lo que le pasaba al Tío de los Alpes para tener esa cara de tan pocos amigos y vivir allí arriba tan solo y por qué la gente hablaba de él sólo con medias palabras, como si tuvieran miedo de ponerse en su contra, pero no quisieran estar a su favor. Barbel tampoco sabía por qué todos lo llamaban el Tío de los Alpes, no podía ser el verdadero tío de todos los habitantes de la aldea, pero como todos llamaban así al viejo, ella también lo hacía y lo llamaba Tío, como decían en





la comarca. Barbel había llegado a la aldea hacía poco, recién casada; antes vivía en Prättigau y por eso no conocía todas las historias ni a cada una de las personas que habían vivido y vivían en el pueblecito y su comarca. Por el contrario, Dete, su buena amiga, había nacido en la aldea y había vivido allí con su madre hasta hacía un año, cuando ésta había muerto y Dete se había trasladado al balneario de Ragaz, donde había encontrado un buen trabajo como sirvienta en el Gran Hotel. Esa misma mañana venía de Ragaz con la niña; hasta Mayenfeld había podido ir en un carro de heno en el que un conocido regresaba a casa y las había llevado a las dos. Pero Barbel no quería dejar pasar sin aprovechar aquella buena ocasión de enterarse de algo, así que cogió a Dete del brazo con toda confianza y dijo:

—Tú eres la que sabe la verdad y lo que la gente dice de él; creo que tú conoces toda la historia. Cuéntame un poco qué es lo que le pasa al viejo y si siempre le han tenido tanto miedo y si él siempre ha odiado tanto a la gente.

—Creo que no puedo decirte con precisión si siempre ha sido así; yo tengo veintiséis años y él tendría unos setenta, así que no lo he conocido de joven, no esperarás tal cosa. Pero si supiera que luego no se enteran en todo Prättigau te contaría un montón de historias de él, mi madre era de Domleschg y él también.

—Pero, bueno, Dete, ¿qué te crees? —respondió Barbel un poco molesta—. La gente no cotillea tanto en Prättigau, y además yo sé callarme las cosas si es necesario. Cuéntamelo, no te arrepentirás.

—Bueno, te lo contaré, ¡pero tienes que mantener tu palabra! —le advirtió Dete.

Primero miró a su alrededor para ver si la niña no estaba demasiado cerca como para escuchar todo lo que iba a decir; pero a la niña ni se la veía, ya debía de hacer tiempo que no seguía a las dos acompañantes, y éstas, en el celo de la conversación, no se habían

dado ni cuenta. Dete se detuvo y miró por todas partes. El sendero no era siempre recto, pero casi se divisaba entero hasta el pueblecito; sin embargo, no había nadie a la vista.

—Ya la veo —dijo Barbel—, ¿ves allí? —Y señaló con el índice a un lado del sendero.

—Está subiendo por la ladera con Pedro el cabrero y sus cabras. ¿Y por qué lleva hoy a los animales tan tarde? Pero nos viene muy bien, él puede cuidar de la niña y tú contármelo todo mucho mejor.

—Pedro no tendrá que esforzarse mucho para cuidar de ella —dijo Dete—, no es nada tonta para tener cinco años, abre los ojos y ve lo que pasa, yo ya me he dado cuenta de eso, y le vendrá bien, porque el viejo no tiene más que sus dos cabras y la cabaña.

—¿Es que alguna vez ha tenido algo más? —preguntó Barbel.

—¿Que si ha tenido? Sí, creo que sí, que antaño tuvo más —se apresuró a contestar Dete—, una de las granjas más hermosas de Domleschg. Era el hijo mayor y tenía sólo un hermano, que era muy tranquilo y respetuoso. Pero el mayor se dedicaba sólo a jugar a ser el amo y a andar de un lado para otro con malas compañías, a las que nadie conocía. Se jugó y se bebió la granja entera y, como suele ocurrir, su padre y su madre acabaron muriendo uno tras otro de puro disgusto, y el hermano, al que no le quedó más remedio que mendigar, se marchó muerto de pena, nadie sabe adónde y el Tío mismo, como ya sólo le quedaba la mala reputación, desapareció también. Al principio nadie supo adónde había ido, luego se dijo que se había marchado de soldado a Nápoles, y luego no volvió a oírse nada más durante trece o catorce años. Después, de repente, apareció de nuevo en Domleschg con un niño ya crecido, y trató de buscarle alojamiento entre sus parientes. Pero le cerraron todas las puertas y nadie quería saber nada de él. Esto le indignó mucho; dijo que no volvería a poner un pie en Domleschg y entonces se

vino a vivir con el chico aquí, al pueblecito. La esposa debía de ser de los Grisones, la había conocido allí y la había perdido muy pronto. Debía de tener algo de dinero porque hizo que el chico, Tobías, aprendiera el oficio de carpintero, y era un chico cabal y la gente del pueblecito lo quería mucho. Pero del viejo no se fiaba nadie; se decía también que había desertado en Nápoles, que, de lo contrario, habría acabado mal porque había matado a alguien, claro que no en la guerra, se entiende, sino a causa de algún mal negocio. Pero nosotros lo tratábamos, porque la abuela de mi madre era hermana de su abuela. Por eso lo llamábamos Tío, y como nosotros prácticamente estamos emparentados con toda la gente del pueblecito por parte de padre, éstos también empezaron todos a llamarle Tío, y como también desde entonces vive allí arriba, en los Alpes, se quedó ya con lo de «el Tío de los Alpes».

—¿Y qué fue de Tobías? —preguntó Barbel curiosa.

—Espera un poco, ya llegará, no puedo contártelo todo de una vez —dijo Dete—. Pues Tobías fue a aprender el oficio en Mels, y tan pronto como acabó, regresó al pueblecito y se casó con mi hermana Adelheid, porque siempre se habían gustado, y ya casados seguían llevándose muy bien. Pero aquello no duró mucho. A los dos años, mientras ayudaba en la construcción de una casa, le cayó encima una viga y lo mató. Y como lo llevaron a casa todo desfigurado, del susto y de la pena le entraron a Adelheid unas fiebres tan altas que no pudo recuperarse; no era muy fuerte y, de vez en cuando, le daban como unos ataques, y nadie sabía a ciencia cierta si estaba dormida o despierta. No habían pasado más que unas semanas desde la muerte de Tobías cuando enterraron a Adelheid. Por todas partes la gente no paraba de hablar del triste destino de ambos, y en voz baja y en voz alta se decía que era el castigo que el Tío se había merecido por lo impío de su vida, y se lo dijeron a él mismo, y también el señor cura trató de meterle en la cabeza que tenía que arrepentir-



se, pero lo único que hizo fue amargarse y aislarse más, y no volvió a hablar con nadie y, además, todos se apartaban de su camino. De repente empezó a decirse que el Tío se había marchado a los Alpes y que ya ni siquiera bajaba, y desde entonces está allí y vive sin paz ni con Dios ni con los hombres. Mi madre y yo nos llevamos a la niña de Adelheid, tenía un año. Como mi madre murió el verano pasado y yo tenía que ganar algo de dinero en el balneario, la cogí y la dejé en Pfäferserdorf al cuidado de la vieja Ursel. En invierno pude quedarme también en el balneario, pues tenía trabajo porque sé coser y hacer remiendos, y a principios de la primavera volvieron los señores de Frankfurt a los que había servido el año anterior y quieren llevarme con ellos; nos marchamos pasado mañana, y el trabajo es bueno, eso te lo puedo asegurar.

—¿Y pretendes dejarle la niña al viejo? Me asombra que pienses así, Dete —dijo Barbel en tono de reproche.

—¿Qué quieres decir? —replicó Dete—. Yo he hecho todo lo que he podido por la niña y ¿qué iba a hacer ahora con ella? Creo que no puedo llevarme a Frankfurt a una niña que va a cumplir cinco años. Pero ¿adónde vas, Barbel? Estamos ya a mitad de camino de los pastos.

—Ya casi he llegado adonde tengo que ir —repuso Barbel—; tengo que hablar con la cabrera, me hace algunos hilados en invierno. Así que adiós, Dete, que tengas suerte.

Dete le tendió la mano a su acompañante y se quedó quieta mientras ésta se dirigía a la cabañita de color marrón oscuro, situada a unos pasos al lado del sendero, en una depresión del terreno. La cabaña estaba a mitad de camino a los altos pastos, calculándolo desde el pueblecito, y estaba bien que estuviera situada en una pequeña hondonada, porque estaba tan vieja y destartalada que vivir en ella tenía que ser un tanto peligroso cuando el viento del sur soplaba con fuerza sobre las montañas y todo en ella temblaba, las puertas y las

ventanas, y las vigas podridas vibraban y crujían. Si la cabaña hubiera estado en lo alto, en días así habría acabado en el valle sin remedio.

Allí vivía Pedro el cabrero, el chico de once años que todas las mañanas recogía las cabras en el pueblecito para subirlas a los pastos y que comieran las finas y aromáticas hierbas hasta el anochecer; luego retornaba con esos animales de patas ligeras, llegado al pueblecito hacía un silbido muy agudo con los dedos, y los propietarios recogían sus cabras en la plaza. La mayoría de las veces venían niños y niñas, porque las pacíficas cabras no eran de temer, y en todo el verano ése era el único momento del día en el que Pedro trataba con los de su misma edad, el resto lo pasaba solo con las cabras. Claro que en casa estaban su madre y la abuela ciega, pero como siempre se marchaba muy pronto por la mañana y por la noche regresaba tarde del pueblecito, porque se quedaba allí hablando con los niños todo el tiempo posible, estaba en casa sólo el tiempo justo de tomarse por la mañana su leche con pan, y por la noche exactamente lo mismo, y luego tumbarse y ponerse a dormir. Su padre, al que también habían llamado «Pedro el cabrero», porque en sus años mozos había desempeñado el mismo oficio, había muerto hacía algunos años en un accidente mientras talaba unos árboles. A su madre, que se llamaba Brigitte, todo el mundo la llamaba «la cabrera» por el oficio del marido, y a la abuela ciega, jóvenes y ancianos del lugar la conocían tan sólo por el nombre de «abuela».

Dete llevaba ya unos diez minutos esperando y mirando en todas direcciones para ver si veía a los niños por algún sitio; pero como no fue así, subió un poco más, hasta donde podía contemplarse todo el valle desde lo alto, y se puso a mirar a un lado y a otro con signos de gran impaciencia en el rostro y en sus movimientos. Entretanto los niños se aproximaban dando un gran rodeo, porque Pedro conocía muchos sitios donde había un sinfín de buenas hierbas y matojos para que pastaran sus cabras, por eso se metía con el reba-

ño por muchos recovecos del camino. Al principio, la niña se había esforzado por trepar tras él con su pesada armadura, jadeando de calor y toda incómoda, y empleando todas sus fuerzas. No decía nada, pero miraba fijamente ya a Pedro que, con sus piernas desnudas y sus pantalones cortos, saltaba de un lado a otro sin ningún esfuerzo, ya a las cabras que, con sus finas y delgadas patas, trepaban aún con más facilidad por entre matorrales y piedras por las empinadas laderas. De repente la niña se sentó en el suelo, con enorme rapidez se quitó los zapatos y las medias, volvió a ponerse en pie, se quitó el grueso pañuelo rojo, se desabrochó la chaquetita, se la quitó a toda velocidad y tuvo que sacarse aún otra cosa más, porque la tía Dete le había puesto el vestido de domingo encima del de diario, porque era más corto, para que nadie tuviera que cargar con él. A la velocidad del rayo se quitó también la chaquetita de diario y la niña se quedó allí en enaguas, estirando al aire toda complacida los brazos que salían desnudos de las cortas mangas de su blusa. Luego lo ordenó todo en un montoncito y se puso a saltar y a trepar con las cabras al lado de Pedro, con la misma agilidad que cualquiera de todo aquel grupo. Pedro no se había percatado de lo que había hecho la niña al quedarse atrás. Al verla venir ahora corriendo con el atuendo nuevo, su rostro reflejó una divertida sonrisa y miró hacia atrás y, al ver en el suelo el montoncito de ropa, se rio aún más, tanto que la boca casi le llegaba de una oreja a otra, pero no dijo nada. La niña, como se sentía tan libre y tan ligera, empezó a hablar con Pedro, y él también empezó a hablar y tuvo que contestar un montón de preguntas, porque la niña quería saber cuántas cabras tenía y adónde iba con ellas y qué hacía allí donde iba. En ésas los niños llegaron por fin con las cabras hasta la cabaña y vieron a la tía Dete. Pero ella, apenas hubo divisado al grupo que venía subiendo, les gritó:

—Heidi, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo vas así? ¿Dónde tienes la chaqueta, y la otra chaqueta y el pañuelo? Y te he comprado unos

zapatos nuevos para la montaña y te he hecho unas medias nuevas, ¡y lo has perdido todo! ¡Lo has perdido todo! Heidi, ¿qué estás haciendo? ¿Dónde tienes todas las cosas?

La niña señaló tranquila montaña abajo y dijo:

—¡Allí!

La tía siguió su dedo con la vista. En efecto, allí había algo, y encima del todo un punto rojo, ése debía de ser el pañuelo.

—¡Desgraciada! —exclamó la tía muy excitada—. Pero ¿cómo se te ocurre? ¿Por qué te lo has quitado todo? ¿Qué significa esto?

—No lo necesito —dijo la niña sin que se la viera arrepentida por lo que había hecho.

—¡Ay, Heidi! ¡Desdichada, insensata! ¿Es que no tienes juicio? —siguió lamentándose y reprendiéndola la tía—. ¿Quién va a volver a bajar hasta allí? ¡Hay casi media hora! Ven, Pedro, ¿por qué no bajas corriendo y me coges las cosas? Ven, date prisa, no te quedes ahí mirándome como un pasmarote.

—Es que voy muy retrasado —dijo Pedro despacio y, sin moverse, se quedó plantado en el mismo sitio desde el que, con las manos en los bolsillos, había escuchado el estallido de pánico de la tía.

—Claro, te quedas ahí parado mirando, y creo que, si sigues así, no vas a hacer gran cosa —le dijo la tía Dete—; ven aquí, te daré algo bonito, ¿lo ves?

Le puso delante una moneda de cinco céntimos, nuevecita, que relució ante sus ojos. De repente, dio un brinco y se largó de allí ladera abajo por el camino más recto y a enormes zancadas llegó en muy poco tiempo junto al montoncito de ropa, lo cogió y se volvió con él tan rápido que la tía no pudo por menos que elogiarlo al tiempo que le daba la moneda. Pedro se la metió en el bolsillo rápidamente; su rostro resplandeció con una amplia sonrisa, porque un tesoro así no le caía muy a menudo.